

UN MOMENTO DE GLORIA.

Germán Patricio Ansón

¿Qué es eso de allá?
Eso es una fábrica, hijo.
Ah, una fábrica.

La fábrica. Siempre hace viento en los suburbios industriales de Amsterdam, sobre todo en aquel rincón que forman el fondo oeste del puerto y la estación de Sloterdijk. Carretera Deccaweg, nave número dieciséis. United Parcel Trading Company, importación y exportación. Se desploman allí a menudo chubascones pegajosos, turbiones de agua sucia antes de tocar el suelo. Una lluvia que cae a escupitajos, a ráfagas de gargajazos de cristal oscuro: es la fría orina de las nubes, que se derrama como el vómito agrio de un estómago tan rancio como alto.

Cerca del edificio largo y aplastado las luces brillan débiles y amarillas como las hornacinas de velas en las tumbas, y el cambalache frenético de los camiones que pululan alrededor de la nave parece el de lombrices que estuvieran sacando jirones de carne muerta de un osario manufacturado.

La oficina. El suelo está hueco, deformado, y el calor es asfixiante en la oficina, un pequeño recinto que debe atravesarse antes de llegar a la gran sala. Siempre en un rincón lejano, un hombre sentado con gorra a cuadros y perdido sin remedio cierra sobres, pega sellos, ordena lápices y carpetas o va a por el café de los idiotas. A veces se levanta la gorra para rascarse el cráneo y muestra a todo el mundo una calva seca y rugosa, sin brillo ni dignidad. Usualmente un perro dormita bajo su mesa. Hay un reloj junto a él, cargado de fichas, atrasado testarudamente, y un hedor desagradable de sudor acorralado. Son las tres o cuatro personas restantes de la oficina gente severa, antipática y altiva: siempre la gente de la oficina está hablando de apuntarse a estudiar alguna cosa en alguna academia, pero nunca se matriculan en nada y lo único que hacen es beber café, gorronear fotocopias y humillar a los obreros.

La sala. Inmensa y fría como la cavidad del aborto de una ballena congelada. Es un vientre vacío y envilecido, abombado y lúgubre, con eco y con escarcha. Nadie ha mirado nunca al techo. Los hombres de la sala trabajan en cuatro grupos: uno descarga los camiones en un ala, el segundo controla documentos de

las cajonetas sobre una larga mesa de rodillos y entrega facturas por una ventanilla (llena de vaho por la calefacción de dentro), el tercero distribuye cajas apilando rehatos en sus elevadores automóviles con pinzas como mandíbulas de escarabajos, y el último vuelve a meter todo en los mismos contenedores, pero por el lado contrario.

Los grupos. Como insectos ciegos, como topos ya resignados, los grupos no se hablan entre ellos. Solamente conocen los empleados a los de su propio grupo. Por ejemplo: en el primero y en el último abundan los negros africanos que hablan sólo su propio idioma; éstos sudan, maldicen y se agitan. Los del tercero se esparcen inaccesibles sobre sus robots pesados, altos, ruidosos y brutales: éstos son los señores del micropaís. Los del segundo, de pie bajo un par de bombillas, únicamente mueven los brazos igual que maniqués de cuerda sincronizada, aunque, si el estruendo de las máquinas no se lo impide, también la lengua. La tarea es esperar, cada uno en su lugar de fila, a que les llegue su cajoneta, entonces rasgar el plástico adherido a ella y del sobre timbrado extraer una factura de las cinco copias que matemáticamente todas portan como canguras geométricas preñadas; unida con un clip al resguardo del destino la arrojan a la boca de la oficina y agarran una nueva cajoneta mientras la anterior ya se pierde de vista.

En este grupo no hay negros: hay un egipcio católico que dice que huyó del Magreb por miedo a las persecuciones de cristianos, un holandés de melenas tarareando melodías rockeras eternamente narcotizado, un marroquí que desgarras sus facturas con una navaja terrorífica que se saca del bolsillo, un matrimonio cobrizo y reluciente de Bangladesh que no se separan nunca y que no hablan jamás con nadie, un polaco con barba y foto de su hija pequeña en la cartera, un joven griego con la mirada soñadora y ausente y también una mujer irlandesa algo pava.

Ella. Sinéad O Dalaigh había llegado con su novio ocho meses atrás desde Crossmolina, una aldea de buenas ovejas irlandesas consagrada a San Patricio. Luego el novio se le evaporó, aunque ella no quiso arrastrar una vergüenza tan católica como la de retornar a su pequeño pueblecito y a sus padres, y la inercia le fué hundiendo así en el fango de los canales holandeses. El novio, un irlandés fornido, Nile Causeway, se fue a Noruega para un empleo de seis meses y nunca volvió. Desde Oslo le escribió siete cartas, la última sin remite. A Sinéad O Dalaigh le quedó empero un lindo permiso laboral con el que subsistir. Nunca había estudiado, pero de vez en cuando pintarrajeaba una cartulina en la pared y los compañeros de piso, un búlgaro y una tailandesa que trabajaban en una planta de concentrados químicos para sopas de sobre, después de cubrirle el suelo con latas de cerveza Heineken vacías le decían que pintaba maravillosamente. Sinéad O Dalaigh era tan mediocre como inocente: a un monigote trazado a bolígrafo lo llamaba "libertad" o "violencia", insuflándole estrías añiles, lilas o granates. Iba de sorpresa en sorpresa, abriendo mucho sus pequeños ojos grises; la vida no le había golpeado todavía lo suficiente como para perder un aire entre ingenuo y coqueto, y se consideraba afortunada al vivir en un gris suburbio de Amsterdam cuando lo comparaba con su aldea verde y piedra inmóvil. Era en fin bajita, resultona, rubia y blancuzca como un camarón enano; aunque el frío le sacaba pecas rojas de bebé escocido daba siempre saltitos con sus muslos menudos y gordos, y, cuando usaba una bufandota de cinco vueltas, incluso cantaba.

Él. Apostolis Tsirgotakis, natural de Thoukididou, provincia de Alexandrópolis, a nueve kilómetros de la frontera de Turquía, olía siempre a ajo y a aceite de oliva porque prácticamente era lo único que tomaba. Un hijo modélico de familia pobre. Era el mayor de doscientos cuarenta y siete hermanos y cada semana facturaba un giro postal a su tía materna con la mitad del sueldo de la fábrica: jamás llegó a enterarse de que el Postbank le sustraía un veintitrés por ciento del giro caritativo, impuesto obligatorio que se apropiaba el estado Holandés y que nunca se escapaba de sus fronteras.

Llevaba casi dos años en Amsterdam. Había llegado haciendo auto-stop en las gasolineras de camiones, y empezando a despertar (que no a espabilarse) en un restaurante griego del centro, el "Panagoulis", en la Herengracht tal como se baja del Spui por el Koningsplein. Despertó cuando comprendió que bregaba de diez de la mañana a doce de la noche, el doble que sus "compañeros" de tarea

holandeses -mientras que cobraba menos de la mitad que ellos, no recibía propinas e incluso pagaba la "moussakka" y el "gassolaffous" que comía en el propio restaurante. Cuando lo comprendió sintió una vergüenza tan tremenda que no volvió a aparecer por allí: no sólo no protestó sino que ni siquiera se atrevió a recoger el sueldo de la última semana de trabajo (su tía materna, Kermelussa, le escribió desde Thoukididou una angustiada carta con reproches violentos). En vez de protestar se acurrucó en la cama como un gazapo que olera los perdigones y escribió un poema de ocho páginas. En resumen, esto era lo que le gustaba, componer versos y relatos. Tampoco había estudiado nada; el griego de sus papelotes chapoteaba guarro en faltas de ortografía, cacofonías varias y errores de concordancia. Eran trivialidades sentimentales, sin estilo ni estructura ni vocabulario -ni siquiera intentaban inyectar nueva savia a los "mitos eternos" de la Literatura Universal. Eran, sencilla y llanamente, una vulgar mierda: reflexiones de un joven inculto que apenas se sabía de memoria un soneto de Cavafis. Sin embargo, acerca de tales pamplinas su amigo de la infancia Kirtikos le mandaba puntualmente comentarios serios y convencidos desde el pueblo, siendo *ésto* lo único que verdadera y sustancialmente ataba a Apostolis a la vida. Y él ni siquiera lo sabía.

También se consideraba afortunado al compartir un ático miserable con dos argelinos homosexuales de cuarenta años en el extrarradio de Amsterdam. Era espigado como un olivo hambriento, feo, torpe, delatoramente moreno y con bigote; de rizos negrísimos sucios y rebeldes como los trabajadores mediterráneos; despistado y con los bolsillos de los vaqueros podridos por papelajos con versos mediocres, y que ni aunque se sumergiese durante tres días en la palangana como un garbanzo en remojo podría haberse quitado de encima el pestazo a ajos y a aceite de oliva.

Aquella tarde. El estridente alboroto de la gran sala aturde a los que no están acostumbrados. Las cajonetas van y vienen como las olas de la costa y como los detritus de las cloacas, monótonamente, una tras otra, todas iguales. De todas las bocas surge vaho humeante, del frío que les pincha en las gargantas, en los dedos, en las orejas. Por la fila el holandés con melena tararea desafiando una canción, la navaja del marroquí silba como una serpiente al rajar membranas y precintos, el egipcio discute desganado con la oficina, el matrimonio asiático mantiene su murmullo, una letanía sin variaciones tonales en su idioma incomprensible; el polaco y el griego operan en silencio, la irlandesa pega saltitos de cuando en cuando y canturrea alguna estrofa gaélica. Las horas pasan, se suceden, se desgastan como las suelas de los zapatos, como las de todos los días, simplemente como siempre. Pero hoy *no* va a ser una tarde como las demás.

A las ocho suena una sirena como fin de jornada que parece el pedo de un hipopótamo sifilítico o un petardo cabraloca que ha resultado húmedo por dentro. Cada insecto ciego abandona su labor, las lombrices como camiones se alejan en la noche; la fila de polillas humanas se va concentrando en el embudo de la oficina. Nadie habla salvo los negros africanos que ya están medio borrachos y ríen con carcajadas de urracas histéricas.

Súbitamente la irlandesa ha mirado al griego. Sólo un segundo, pero lo suficiente para que su ingenuidad coqueta le haga brincar. "*¿Por qué no hacemos el viaje en bicicleta juntos?*", ha preguntado en inglés. El griego, con la cabeza en las nubes, tarda unos segundos en comprender. "*Sí, claro, claro-musita-por qué no*". Caminan a la explanada barrosa donde dormitan las bicicletas de segunda, de cuarta mano, compradas en la calle a un heroinómano que la acaba de robar, por un par de monedas, destartadas, sin luces, moribundas, leprosas, perdiendo poco a poco piezas y accesorios hasta que se quiebran los radios y sean tiradas en una esquina o al fondo de un canal. Hace meses el griego y la irlandesa se habían presentado mecánicamente; ahora por supuesto ya no se acuerdan de sus nombres. *Sinéad. Apostolis.* Emprenden la marcha; van a tardar una hora en llegar al centro y aún más en llegar a casa.

Ninguno de los dos habla holandés, como la mayoría de los operarios de la fábrica, y Apostolis usa su inglés igual que usa el aceite de oliva: friendo cuatro o cinco veces con él, o sea, diciendo la mayor cantidad de ideas con el menor número posible de palabras. Su acento le hace gracia a Sinéad, quien se reiría más a no ser porque el catarro le hace gotear la nariz; conduce con una sola mano y se seca con el revés de un guante. Como pedalea con sus muslos fuertes y rechonchos más rápido que el esbeltísimo Apostolis, en un cruce solitario del largo Westhaven debe adaptar su velocidad a la de él para preguntarle cómo es ese sitio

de donde viene, Thoukidou. "Thoukididou", corrige el griego, y muestra un gesto de desprecio. Mujeres viejas vestidas de negro, una plaza con las losetas borradas por los siglos, dos tabernas sólo para hombres donde se grita, se fuma y se escupe en el suelo; pobreza y rutina, vino seco y melancolía. A Sinéad ese cuadro le suena, naturalmente. "¿Hay muchos cotillas?", pregunta, y a ambos les consuela la idea de que los cotillas de sus pueblos respectivos hablan mucho de ellos. Luego Sinéad habla de Irlanda y refiere con ira, como si lo hubiese vivido, las invasiones de los odiados ingleses. "Sí, sí, igual que los turcos con nosotros", dice Apostolis. La irlandesa no llega a decirlo, pero piensa que al fin y al cabo es mejor ser invadido por ingleses que por turcos, es una simple cuestión de nivel, por lo que la conversación languidece hasta que ven un bar, cerca de las vías del tren.

El bar. La segunda cerveza sabe mejor que la primera, y la tercera aun mejor que la segunda. Sinéad se ha destapado con la Guinness Special y charla por los codos, alegre y halagada por las miradas de él. Cuando el tímido griego va al baño, ella registra su cazadora y encuentra bajo un pliegue de *zwartramreisboeten* (multas -por-viajar-en-tranvía-sin-pagar) un intento de poema en inglés primitivo. Se exalta y abre una carpeta roída y agujereada para mostrarle a Apostolis bocetos de pinturas, a lápiz y a bolígrafo sobre papel barato cuadriculado, que siempre seguirán siendo bocetos y nunca llegarán a nada. Los dos se emocionan y se sienten a la vez terriblemente felices. Apostolis intenta traducir al inglés un papel manuscrito suyo, arrugado y manchado de aceite. Suena en inglés tan mal como en griego, pero Sinéad supone que algo habrá perdido en ese puente que lleva de una lengua a otra. Mira con fogonazos cálidos y lanza elogios como la máquina de discos compactos con monedas de un florín: te da justo lo que tú quieres escuchar.

En el local hace calor; Sinéad ha perdido las pecotas rojizas que le salen cuando hace demasiado frío y ahora gana en belleza porque más que un camarón enano parece una rana esquimal contenta. Incluso Apostolis ha ocultado el olor del aceite bajo el humo de sus cigarrillos y un par de eructos de cerveza, así que ahora gracias a la penumbra del café sus rizos parecen menos grasientos. Hace meses que Sinéad no habla a gusto con un hombre, sólo a ratos con el búlgaro de su casa que es muy bruto y les roba a ella y a la tailandesa la ginebra las cervezas el papel de plata y las cucharas. También Apostolis, salvo un sucio y acelerado escarceo a oscuras con una mulata celulítica del Surinam, no ha conocido a ninguna mujer durante todos los dos años largos que ya lleva en Amsterdam. La irlandesa da a su cara de rana pálida un giro pícaro para comentar que su Irlanda se llena los veranos de españoles que van a estudiar allí inglés porque es más barato que en Londres, tan mediterráneos, tan guapotes, tan pasionales, tan morenitos... El griego responde que... una lástima, él no conoce a ningún español. Y la conversación vuelve a languidecer.

El bar, oscuro y pequeño como el culo de una lagartija, huele a marihuana pasada y a pedos, a haschís y a sudor de árabes, asiáticos y negros que creían que venían al Paraíso. Para saber de verdad cuál es el color del suelo habría que encender allí abajo una cerilla; hay cositas diminutas que crujen y resbalan al andar como crías de arañas o huevos de culebras. De improviso la puerta se abre con una patada y la oscuridad nocturna vomita la silueta de un policía. Se corta la música violentamente. Todos protestan y gritan; se rompen un par de botellas; se troncha una silla, golpea una porra a alguien, hasta que en medio minuto ya hay más agentes de policía que clientes. Nadie tiene papeles de identificación; se les conduce esposados a un discreto autocar -a todos excepto a Sinéad y Apostolis, que por los pelos se libran con sus pasaportes europeos de tercera clase y son ruda y despectivamente expulsados del zipizape. "Be careful, you two", les escupe un agente con cara de caballo bizco, aunque ni el griego ni la irlandesa entienden muy bien a qué se refiere.

Todo se ha fastidiado. Como las tetas descomunales de una puta latinoamericana, la noche de Amsterdam se extiende por el Spaarndammerdijk entre luces de neón, agonizantes farolas amarillas y lluvia intermitente. Sinéad tiene hambre, es muy tarde y se va a ir a casa, ella es quien vive más lejos. Mientras gira la cerradura del candado de su bicicleta Apostolis desarrolla un esfuerzo titánico. "Podríamos, *podríamos también-tartamudea-comer, comer, comer en mi casa*", y antes de acabar de decirlo ya se ha arrepentido de proponerlo, pero ella asegura sin embargo que sí, que es una gran idea porque se muere de ganas de hacer pis y en el bar no podía porque los ciempiés y las tijeretas por las paredes del baño le daban asco. Al griego le laten las sienas y nervioso quiere expresar en inglés algo de un poema y le cuesta horrores y estruja su cerebro, espachurra la materia gris y por fin murmura "está bien, mujer con el sol en el pelo", pero es

demasiado tarde porque Sinéad ya está con la bici en la siguiente esquina y no le ha oído y dice que venga que se está haciendo pis encima.

La casa de él. Trasponen una portonaza grande, suben después por una escalera de madera carcomida hasta el nivel de un cuarto piso, recorren un pasillo horadado a ambas caras, aseado con posters de paisajes tropicales, hembras semidesnudas y bandas heavies (todo lo observa Sinéad con curiosidad), luego cruzan un patio sobre un sendero a base de tablas que salvan el suelo de arena y barro, penetran una cocina grande donde cenan ocho jóvenes, jóvenes harapientos, con cresta de pelos de colores, como gallos estereofónicos de un trópico de caleidoscopio; saltan una escalera a la que faltan dos peldaños, caminan a lo largo de un corredor con barandillas que se eleva a cuarenta metros sobre el asfalto y serpentea alrededor del edificio, ascienden dos pisos de escaleras estrechas de caracol (en el primero viven los dos argelinos homosexuales) y Apostolis inserta su llave en una cerradura. *“Está un poco desordenado”*, advierte antes de abrir. La irlandesa desorbita y despliega la visión de sus ojos azules que tanto se sorprenden siempre, que parecen continuamente los ojos azules de un reo asustado o de un enfermo miedoso.

Casi entera, una pared consiste en un ventanal; en otra descansa un lavabo comido en su fondo por una costra grisácea de cien mil trescientos afeitados, un espejo por supuesto resquebrajado hacia la mitad y una repisa con veintisiete frascos de perfumes y colonias, todos usados hace mucho y vacíos. Indefiniblemente, una presencia rancia y solitaria sofoca el aire del cuarto. En un rincón duerme un garrafón de diez litros de aceite de oliva virgen. Hay en el centro una mesa construida con un enorme trozo de anuncio mural publicitario y cuatro canalones de desagüe de una obra; el tablón es de un anuncio de refrescos y trae la foto playera de una americana en bikini con unos pechos siete veces más grandes y redondos que los de Sinéad. Se cayó del anuncio del tejado vecino cuando el accidente del avión de la KLM; Apostolis pasa bastante tiempo saltando por los tejados.

También hay dos sillas, una de madera y otra metálica, robada en la terraza de un bar. Detrás, en la pared que queda frente al ventanal, reposa un colchón en el suelo, suelo que el griego tuvo la idea de alfombrar en su totalidad, hace diez o doce meses, con hojas de periódicos suizos. Hoy el papel se ha tornado amarillento, y es como si vinieran y pisaran sobre la piel de un elefante cirrótico, un aplatanado lomo de hepatitis. Completan la situación un infiernillo para cocinar, una estantería con: dos velas, dos libros, un despertador, una radio, un montoncito de calzoncillos limpios y una postal del palacio municipal de Orestíada; en las paredes tres retratos, uno de Theodorakis, otro de Aristóteles y otro de Marilyn Monroe.

Apostolis espachurra una pila de prendas de ropa tras la puerta, prende las velas y pronto cocina lo que han comprado en un Snack-Bar: dos hamburguesas, tres croquetas Nasi-Bami y un fálico frikandel. Las ha pagado Sinéad, por eso tiene el valor de preguntar: *“¿Puedes hacerlos con mantequilla, por favor? El aceite de oliva me da arcadas”*, a lo que el griego esboza una mueca de dolor, pero no contesta palabra. Sólo comen. La irlandesa ya ha vuelto del baño, pero la “excursión” al cuarto de Apostolis fue tan larga e interminable que se ha hecho medio pis encima y olía tan fuerte que ha acabado por quitarse las bragas, las ha tirado por el ventanuco ridículo del retrete y ahora la entrepierna de las mallas rosas ceñidas que viste le marca la protuberancia de los labios.

Por el ventanal se destacan los techos de la ciudad, el monstruo que les ataca, que les acorrala, que les aísla. Como un pastel putrefacto hormigueado por cien mil luciérnagas, los gusanos de sus fanales enfermizos, se extiende casi sin fin sobre un universo de holandeses con *“uitkerings”*, prestaciones sociales, seguros médicos, estudios y servicios gratuitos, subvenciones y subsidios infinitos de desempleo. El subuniverso comienza en el límite de las farolas, con asiáticos ilegales, árabes expulsados a patadas de un bar de haschís, sudamericanos sudando entre las calderas y sartenes de las cocinas de los restaurantes, negros africanos descargando los pestilentes camiones del puerto, inhalando los vapores asesinos de las factorías químicas, sumergiendo los brazos hasta los codos en la mierda y la orina de los inodoros para desatascarlos, recogiendo los mejillones de la costa de Zelanda a veinte grados bajo cero, barriendo, fregando, limpiando, excavando, sudando, sufriendo y muriendo hasta que son deportados.

Sinéad y Apostolis se pusieron algo tristes mirando por la ventana. De repente ambos se sintieron, a la vez, terriblemente solos. Sus ojos se encontraron desde los extremos de la americana en bikini y el cielo azul de California. Sonrieron. Ella dijo que se encontraba muy bien cuando estaba con él, él asintió tan entusiásticamente con la cabeza que una minúscula nevada de caspa cayó frente a la luz de las velas. Ella extrajo un kleenex para limpiarse los mocos porque sabía que la iban a besar. Él hubiera entonces deseado no haber tenido bigote.

Las delgadas pantorrillas anémicas del griego tiritaban bajo la mesa, alargadas inconscientemente entre las carnosas y rollizas gambas de la irlandesa y su ostentosa raja. Sin intención Apostolis rozo sus tobillos con los muslos de ella, la chica dio un respingo, sonrió, le tomó al mozo un pellizco afable en la mejilla y dijo "*Pillín, pillín*". No fue algo muy acertado. Primero porque luego a Sinéad se le quedaron los dedos pringosos como si hubiera comido patatas fritas con las manos, y, segundo, porque a Apostolis le hizo daño de verdad (su madre, cuando vivía, le solía decir que si se comiese una sopa con un sólo guisante le formaría un grano en la nariz), de manera que al pobre chaval se le nubló la vista, y rompió a latirle el corazón en el pecho, en las sienes, en los ojos, en las muñecas, como el galope de un caballo que ha perdido la razón. Como un potro loco y desbocado.

Ya no hay más poemas que leer. Apostolis Tsirgotakis ha enseñado todos sus mediocres ripios y cuentos, ha enseñado su perfume favorito, uno que halló vacío en el césped del Rembrandtpark el año anterior; ha enseñado las vulgares fotos del último verano en la isla de Mykonos donde vendía tatuajes solubles en la playa a los turistas pederastas, el libro desportillado de Manolis Anagnostakis y la pipa pseudo-india. La emisora de Rotterdam en la radio ha terminado ya su programación y emite un rumor ronco y triste. La vela se está acabando.

Sinéad afirma que él es un chico muy especial, diferente a los demás. Se lo queda mirando fijamente a las pupilas marrones hasta que, tras un silencio de zumbido radiofónico agonizante, el griego acerca por fin su rostro al de ella. Sinéad cierra los ojos y abre la boca, como si fueran a sacar una muela.

La boca de Sinéad huele a hamburguesa y a tabaco, a cebolla y a cerveza de lata. Pero en el momento en que sus labios se tocan, el brazo suelto de Apostolis choca con las botellas, los platos, los vasos, el tarro de colonia, la mesa inestable y la vela. Todo se viene abajo con un estrépito de mil demonios, se quedan repentinamente a oscuras y la pareja de maricones argelinos golpea furiosamente con una escoba en el techo. Sinéad y Apostolis se besan con sonoros gemidos y mucha saliva, un gato maúlla en la cornisa y una ambulancia y un coche policial chillan como locas en alguna parte. Los árabes amenazan a la pareja joven, los punkies amenazan a los árabes y la policía amenaza a los punkies.

Cuando al fin retorna el silencio, los dedos morenos de Apostolis acarician temblando la cara de salmón despellejado de la irlandesa; parecen rábanos quemados paseando por un boniato pelado y hervido. Ella se vuelve melosa y frota como una gata su cabeza contra la mano que le acaricia. Se van a besar de nuevo y, de pronto, Sinéad pregunta "*¿Me puedo quitar las mallas?*". Apostolis dice encantado a todo que sí, además a ella le escuecen los labios y la vulva con el roce de la tela y con un par de gotitas que se le han escapado el ser besada por él. Mientras la besa otra vez, ahora de pie, Apostolis susurra en las sombras: "*mujer de rosas sin cortar, paloma de mi esperanza, primavera de mi juventud*". Ella se ríe quitándose las botas de remaches. "*¿No es bello, querida princesa, que nos amemos esta noche aquí una pintora y un escritor? ¡Una pintora y un escritor!*" Abajo, en el bulevar, las luces públicas titilan un instante de forma casi imperceptible.

Entonces sucedió algo muy, muy extraño. Algo inaudito. Algo nunca visto. Algo verdadera, verdaderamente increíble. Entonces un aire fresco, como el de pinos silvestres florecidos, viajó repentinamente por la habitación, de punta a punta. La ciudad desapareció. El país desapareció. El mundo desapareció. Todo desapareció menos ellos. La irlandesa desnuda se sentó suavemente sobre las rodillas del griego. Se besaron profunda, ariscamente, como dos panteras, como dos fieras sin civilizar en el fondo de un bosque salvaje. Él era Ulises, el rey de la Itaca, presto a batallar; ella era una amazona de las sagas de Finn y Connagh, del Táin Bó Cualnge, hija de druidas y espadas de guerreros. El mediterráneo desnudó a su animal húmedo de los campos verdes y los acantilados, besó incansablemente la piel pura, nívea, la piel inmaculada de su ninfa

céltica. La isleña desnudó a su toro ardiente, su animal de sabiduría milenaria y sangre eterna, besó su piel viril de vello y de sol, y besó en él a Mercurio, a Apolo y a Priapo. Surgió la luna y lo único que vió sobre la superficie de la Tierra fue una pareja de panteras, una blanca, la otra negra, que saltaban la una sobre la otra, en un juego eterno y cíclico que ataba su principio y su final en las entrañas de los precipicios y en lo más alto del cielo de las cordilleras; en las constelaciones de la bóveda y en el fondo del oleaje. En el flujo y en el reflujo, en lo que se mueve y en lo inerte, en el Dios y en la polilla, en lo que es siempre un poco de diminuta e interminable gloria, una semilla de plenitud esparcida entre estrella y estrella o entre grano y grano de arena; esa levadura que está mezclada en todos, y que puede desarrollarse siquiera una sola vez porque por amor a la esencia de lo Eterno hay -y habrá por siempre- un poquito de mezclada gloria en todas, absolutamente todas las cosas.

El día después. Las chimeneas, ventanas trasteras y conductos de aire acondicionado del restaurante indio empiezan a transpirar agrios olores hediondos, humos podridos y gases químicos asquerosos justo al poco de salir el sol invernal de Amsterdam, que es una galleta ajada e inofensiva, una lonja de limón sin ácido ni sabor. Con náusea en el paladar y alfileres y agujas en los ojos del cerebro, Apostolis Tsirgotakis, de veintisiete años de edad, se levanta aterido de frío y cierra bien la ventana al patio por donde se deslizaba aquella invasión de ruido, humos y peste fétida. Se rasca los rizos, los muslos, el culo y el glande, y contempla su foto cuerpo desnudo en el espejo astillado. Como de costumbre, necesita un par de minutos para comprender la realidad que le circunda. La mesa descabalgada, platos, vasos, añicos de botellas por el suelo, la vela pisoteada, las siete en el despertador, la radio sin pilas. Y un hueco insustituible en el colchón que por primera vez ha albergado a dos esqueletos en lugar de uno. Apostolis se agacha y hunde su nariz en las sábanas arrugadas; aspira lo más fuerte que puede, y es verdad, aún queda algún lejano perfume de acantilados, praderas verdes y ninfas. Pero ya tan débil que pronto se extingue.

Ahorcada con la chincheta inferior del retrato de Marilyn Monroe cuelga una nota. Dice: *“Popototolis bendito: De repente ha venido mi menstruación y he tenido que ir corriendo a una farmacia a comprar tampones. He robado uno de tus calzoncillos. ¿No te importa? Luego debo ir derecha al dermatólogo que me trata las pecas, así que nos vemos en la fábrica. Gracias por todo.”* Termina subrayando: *“Un beso enorme donde tú quieras, tigre mío”*. El griego sonríe, brinca imitándola a ella y vuelve a la cama. Duerme feliz.

Cuando Apostolis despierta, es muy tarde. Le llena un miedo extraño, como si estuviera en un útero materno y la placenta se tornase fría porque la mujer ha muerto y él ha quedado dentro, atrapado, nonato y perdido. Se hace un ovillo en las mantas y empieza a escribir versos sobre/para Sinéad, en lugar de salir en su busca. Escribe: *“tu boca de cervecita/irlandesa cristalina”*, o bien *“tus piernas/de dulce y sensual mantequilla”*. Son frases tan horribles que hasta el folio gritaría de dolor si tuviese boca. En lugar de correr a la fábrica, devora un plato de pan, ajo, aceite de oliva y sal entre las sábanas, y permanece allí, evocando a su irlandesita. Suspirando con sus malditas metáforas. Soñando como un cretino.

En la fábrica Sinéad ha intentado ayudar, relatando una boba excusa al ver que Apostolis no viene. El encargado de la oficina, un piojo sin sangre que succionar, gruñe al firmar la ficha de trabajo, refunfuñando y rezongando por lo bajo; el imbécil calvo de la gorra sigue ordenando rotuladores por colores y tamaños y lamiendo las gomas de los sobres, y todos, todos los árabes muestran sonrisas de rodaja de melón para preguntarla: *“Blablafuck? Bisbisfuckfuckblablafuck?”*. No es Queen's english pero Sinéad no es tan mema como para no entender. Desgajando sobres de las cajonetas, se pregunta, confusa, trata de imaginar qué sucede. Ella no entiende nada. Ella no sabe qué pasa. Ella no puede y no podría jamás imaginarse lo que pasa. Los negros sacan y meten los bultos en los camiones entre gritos bestiales.

Por la noche el griego advierte su empanada mental y sale a las calles, pedalea hacia Leidseplein, cruza volando el Spui, atraviesa el Rokin y el Dam, y cuando llega al Spaarndammerdijk y está empapado porque llueve a cántaros, se da cuenta de que no sabe a dónde ir. Por su parte Sinéad ha tratado esforzadamente de encontrar la casa de Apostolis, algo laberíntico y difícil. A base de tesón y mapas la descubre por fin, pero sufre una decepción porque el griego no está y porque uno de los punkies le coge el culo en la cocina y tiene

que salir corriendo. Se enfada con el griego y también consigo misma y vuelve en bici a su casa, donde esa noche bebe demasiado vino portugués de oferta de supermercado con el búlgaro y la tailandesa, que ahora está embarazada y dice que se va a desenganchar. El búlgaro también le coge el culo. Y, esta vez, ella se deja.

Apostolis da mil vueltas estúpidas y acaba derramando en coca y haschís y marihuana el dinero que iba a enviar a su tía materna. Aunque el tugurio del barrio de las luces rojas donde bebe parece el coño de una cabra pectorra, no lo abandona hasta muy avanzada la madrugada; está tan pasado de rosca y agilipollado que olvida candar su bicicleta a la señal de prohibido sacar la basura de lunes a jueves, con lo que en pocos segundos se la agencia un paquistaní agradecido.

Al día siguiente, sábado. No consigue despegar los párpados hasta el mediodía. Va meciéndose, resacoso y amodorrado, en el tranvía que le lleva a la fábrica. Y, sorpresa: se topa con un cartel.

GESTOLEN OP ONZE
GELIEFDE KONINGINNEDAG
“Cerrado por el día de nuestra bienamada reina”.

Apostolis regresa caminando, recorriendo toda la ciudad, cuyas calles los holandeses han ocupado con todo tipo de tenderetes y puestos y monsergas porque hoy todo vale y todo se puede comprar o vender sin licencia. Junto a la portezuela de su casa, Apostolis encuentra un crío rubillo de cosa de doce años vendiendo pañales usados sobre una caja de plátanos. Qué monada. Suspira y asciende las escaleras para darse de cabezazos contra la pared, para amargarse el día con subarte de deshecho y para escribir una carta larga a su tía materna en Thoukididou y explicarle que desgraciadamente esta semana no podrá mandarles ni un solo bendito florín holandés.

El retorno. Como un caracol herido de muerte, el fin de semana transcurre cansino y a trompicones. El lunes a las siete y media las odiadas cajonetas de United Parcel Trading Company vuelven a sobar una vez más las manos congeladas del griego Apostolis. Sin dejar de facturar, estira su cuello de galápago para escrutar a derecha e izquierda. Él no sabe que aquel fin de semana retornó de Noruega Nile Causeway, el novio de Sinéad. Había estado “adherido” a una periodista divorciada de cuarenta años en Oslo pero su caradura extraordinaria decididamente había superado todos los límites, y, en resumen, lo habían puesto de patitas en la calle. Volvió, el sábado, el día de la reina, a casa de Sinéad (el búlgaro, por sorpresa y sin explicaciones, le pagó una antiquísima deuda atrasada). Nile agarró el dinero, se sentó a la mesa de la camarona enana, dilo que estaba cansado de tonterías, se bebió medio litro de cerveza sin respirar, le pegó cuatro o cinco hostias bien dadas y se la llevó de vuelta a Irlanda. Ese mismo domingo se embarcaron en su ferry a Dover.

El tiempo y su hijo.

¿Qué es eso de allí?

Hijo, eso es una comadrona.

¿Por qué está entrando en aquella casa?

Porque dentro de poco va ha nacer un niño.

¿Qué está haciendo ahora?

Ahora se lava las manos con jabón de fregar vajillas.

¿Por qué?

Porque en Crossmolina, que es esa aldea en el centro desolado de Irlanda, todas las tiendas están cerradas el día de San Patricio. No tiene otro jabón.

¿Y no hay peligro?

No, hijo, ninguno. Esa mujer sabe lo que hace.

¿Esa de la cama es la madre?

Sí, es la futura madre. Va a tener su quinto hijo.

¿Como se llama?

Se llama Sinéad O Dalaigh.

¡Anda! ¡Yo la conozco!

Pues claro que sí la conoces. Mira, mira esa plaza de más allá, esa plaza con las losetas desgastadas por los siglos. Ese hombre es su marido Nile, el de la gorra a cuadros, el que bebe cerveza y juega a las cartas.

¿No va a estar cuando nazca su hijo?

...Nnnno.

¿Por qué no?

Es complicado de explicar. Verás, él no tiene mucho interés en su familia.

¿No tendría que estar en el nacimiento?

Bueno, la verdad es que, en fin, él ha perdido la curiosidad. Y, a fin de cuentas, la comadrona conoce bien su trabajo y sabe perfectamente todo lo que hay que hacer.

Entonces, ¿Por qué no se casa Sinéad con la comadrona?

Hijo mío, a veces haces unas preguntas muy difíciles.

¿Por qué hay **sólo hombres** en el corro?

Porque es la costumbre.

¿Por qué juegan a las cartas?

Porque es la costumbre.

¿Por qué escupen en el suelo?

Porque se pudren de melancolía, hijo.

La fábrica, la fábrica. Siempre hace viento en los suburbios industriales de Amsterdam. Apostolis Tsirgotakis, de treinta y cinco años, impregna en las facturas que entrega a la oficina su halo de aceite de oliva y ajo. Guarda como de costumbre su puesto en la fila del segundo grupo, en silencio, con la mirada soñadora y ausente y empapado hasta la médula por la nostálgica apatía de un buey. De repente, y sin saber por qué, se ha acordado de algo. El corazón sentimental ha quedado oscurecido en sus ilusiones cotidianas.

“Pero inunca me devolvió mis calzoncillos!”, murmura.

Amsterdam, 25 de diciembre 1992.



